

Leonel Eduardo Padilla M.

LA NATURALEZA Y LA HISTORIA COMO FUNDAMENTO PARA UN CONCEPTO RENOVADO DE RAZON

Summary: *It is frequent to find sceptic and nihilistic attitudes in opposit to ideas of rationality as elements of discours, modes of production's, cultures and styles of life.*

Partially this attitude is understood by a restricted idea of the reason. In front of the reason, the scepticisms originate itself in a false imagen of the reason; in others words to limit the representative horizon to false-concret dimension according to Karel Kosik's definition. Thus the proper rationalization of the capitalism's spirit according to Max Weber would not be considered in any way a rational organization of societies. The story as exercise of freedom's head, tendencyly, by the reavilitation of utopy's spirit, —the principle of hope—, Ernst Bloch, permit us to suppose and eventually to confirm and/or to recover a rational conception of the coexistence of peoples and persons, Moreover it's possible to affirm of the Nature: the proper rationality of vital teleonomic process, and the growing knowledge of their mecanisms, permit us to catch a glimpse of relation human being—Nature, excent of ecological damage and grounded in the guide idea of a liberating reason.

Resumen: *Es frecuente encontrarse ante actitudes escépticas y nihilistas frente a la idea de racionalidad como componentes de los discursos, los modos de producción, las culturas y los estilos de vida.*

Parcialmente esa actitud se comprende por una idea restringida de la razón. El escepticismo frente a la razón se origina en dar por sentado una falsa imagen de la misma; en otras palabras en limitar el horizonte representativo a la dimensión de lo falso concreto según la definición de Karel Kosik.

Así la racionalización propia del espíritu del capitalismo según la entiende Max Weber no podría en ningún modo considerarse una organización racional de las sociedades. La historia como campo de ejercicio de la libertad, tendencialmente, mediante la revitalización de un espíritu de utopía, —el principio ¿de la esperanza acaso?—, Ernst Bloch, nos permite suponer y eventualmente constatar y o recuperar una concepción racional de la coexistencia de pueblos e individuos. Otro tanto puede afirmarse de la naturaleza: la racionalidad propia de los procesos vitales teleonómicos, y el creciente conocimiento de sus mecanismos, nos permiten vislumbrar una relación hombre-naturaleza exenta de daño ecológico y fincada en la idea guía de una razón liberadora.

I. Virtualidad histórica y racionalidad.

Una temática que presenta un conjunto de perfiles que permiten adentrarnos dentro de problemas que han sido enfocados reiteradamente por filósofos de distintas épocas y latitudes, es la relación entre ser y deber ser, entre realidad y virtualidad en historia. Esta relación se nos presenta tanto en una fenomenología filosófica como en una descripción de ciencia social. Es la disyunción entre causalidad y la praxis constructiva, innovadora, presuntamente libre, que el ser humano es capaz de ejercer sobre sus circunstancias. En una primera aproximación repararemos en: una actitud teórica muy saturada del positivismo propio de la época que podemos llamar "objetivismo". Esta actitud en la que se puede recaer proveniente de diferentes sendas ideológicas, tiende a limitar el horizonte de las posibilidades y con ello el de la acción sobre la

coyuntura. Por vía de esta incorrecta extrapolación de procedimientos restringidos al recorte epistémico científico natural al universo social, se llegaría a considerar el momento presente y un nivel fenoménicamente dado de las prácticas sociales como factum irrefragable, en el horizonte histórico y cultural de los pueblos.

A una tal conceptualización del mundo social Karel Kosic lo llamó lo falso concreto; esto sería la consecuencia de una epistemología empirista y de prácticas sociales amorfas, desprovistas de teoría o sometidas a compulsiones repetitivas inerciales. Mi intención es alejar ese horizonte ideológico y replantear la relación entre ser y deber ser, entre realidad y utopía, entre lo dado y lo posible en términos de una filosofía racionalista renovada, que no hace distinciones entre escuelas ideológicas, y que puede apoyarse tanto en enfoques dialécticos no dogmáticos como los de Henemann o Goldman, como en los mejores logros del racionalismo crítico Popperiano.

La tecnología y la praxis como artefactos y métodos interpuestos entre las descripciones objetivas y los sujetos del deseo enclavados en la naturaleza y en el fluir de la historia presupone la acción de personas capaces de orientarlas por la comprensión y la recta intelección de estructuras y procesos que obedecen a sus propios determinismos y son por ello independientes del hombre. A pesar de esos determinismos tenemos capacidad de actuar, interponiendo la mediación de la teoría, tanto sobre la naturaleza como sobre el mundo social haciendo confluir a ambos hacia nuestros intereses, potenciando una acción prácticamente liberadora que ensancha los márgenes de supervivencia. ¿Cómo se gesta tal acción libre en un mundo ontológicamente ordenado en determinismos estructurales y funcionales? Esta cuestión nos conduce a otro conjunto temático vinculado a saber: La inserción del mundo de la cultura en el sustrato orgánico, biológico o instintivo-pulsional del hombre. Podemos decir entonces que es enigmática la acción de la libertad sobre ese mundo ancho y ajeno que nos circunda. Esto lo expresó Bacon con su famoso aforismo "a la naturaleza sólo se la vence obediéndola".

Después de ocuparme brevemente de lo anterior intentaré decir algo sobre la doble connotación que hay implícita en el concepto de razón, a saber, la racionalidad objetiva de los procesos naturales, que suponemos a partir de su propiedad de ser inteligibles y los instrumentos más o menos defectuosos de que se vale el ingenio humano, para sufragar sus intereses y para dar satisfacción a su curiosidad.

¿Cuál es la relación entre la razón humana y el conjunto inteligible de acontecimientos históricos y naturales? Del discurrir filosófico sobre estos temas estimo que cabe guiarse por la máxima de tratar de tomar la almendra racional de los textos y desechar la cáscara dogmática-ideológica que los envuelve. Intentaré algún comentario sobre la naturaleza de la comprensión modificante o racionalidad transformadora, esto es la activación pulsional de las energías conscientes tanto en su dimensión personal como histórica.

Mi punto de vista consiste en afirmar que en la medida en que se logre recuperar la imagen y el concepto de una racionalidad desprovista de instrumentalización opresora fincada en una pragmática trascendental de la ética se podrá progresar; como dice K. O. Appel "sólo bajo el supuesto racional de reglas que pueden cumplirse intersubjetivamente, se puede, en efecto, entender la decisión en vista de alternativas como un obrar pleno de sentido". Una inspiración análoga podemos encontrarla en Dussel y su humanismo del otro hombre. Así se pueden institucionalizar formas de accionar inteligente en los distintos espacios que se ganen a la lógica de la dominación y a las redes plurales del poder. Prefigurase aquí el deseo de llevar adelante un combate cultural en contra de la vieja civilización de la escasez, el despotismo y la lucha a muerte, reemplazándola paulatinamente por modelos de relación social satisfactorios. En ese sentido podemos acercarnos al concepto de utopía, entendido no como artificiosa fantasmagoría sino como telos inmanente de la auténtica racionalidad dialógica. Puede decirse que una adecuada comprensión del componente pulsional de la estructura psíquica humana así como de las prácticas del trabajo que recurren a la tecnología moderna permitirán renovados esfuerzos por contrarrestar el daño ambiental y a mitigar así el costo humano del desarrollo.

II. En contra del Discurso Descriptivista.

John Dewey y la Filosofía contemporánea de la praxis se han distanciado de la actitud exclusivamente contemplativa que se ha transmitido desde la antigüedad griega a la tradición contemporánea. La crítica pragmática se inspira en el desarrollo tecnológico en tanto que el cuestionamiento marxista deriva de las exigencias de una cierta justicia económica. Lo que cabe retomar de ambos discursos es el énfasis en el papel activo, transformador, que puede eventualmente adquirir tanto la empresa cognitiva como las prácticas institucionalizantes de

un novun en la estructura social. Las mismas ciencias que discurren con modelos que se proyectan con un anclaje sobre propiedades del mundo transfenoménico, teniendo un ethos propio para alcanzar la verdad, no realiza su cometido más que cuando interroga activamente a la naturaleza por la vía del experimento y con la construcción de modelos imaginativos teóricos, actividades ambas que van mucho más allá de una recolecta pasiva de datos. Si bien la teoría pragmática de la verdad es errónea, el espíritu que guía a Dewey cuando proclama el abandono de la certeza absoluta manifiesta su apreciación y revaloración por la práctica y puede ser asumido como correcto. En las siempre apremiantes preocupaciones de la axiología de lo político se puede contemplar aún con mayor relieve el papel de la subjetividad creadora que orienta acciones conforme a valores y marcos ideológicos preconstituidos. Las iniciativas innovadoras para bien o para dar paso a procesos regresivos, nos previenen contra el error en que se estanca fácilmente el pensamiento político de caer con frecuencia en culto fetiche de la historia, entendida como un factum irrefragable al que se recurre para pseudo-legitimar acontecimientos de dudosa "necesidad". El mundo de los fines, los intereses y los valores no debe proibirse de la filosofía, como pretende cierto análisis lingüístico. La reflexión filosófica debe asumir e integrar, como un componente de su ethos metódico la aclaración del interés humano dejando de lado el escollo de lo que podemos llamar falacia descriptivista.

III. Inserción de la Acción Libre dentro del Juego de los Determinismos.

El hombre, cual Jano bifronte dirige un doble mirar simultáneo hacia la naturaleza y hacia la historia. En ambos espacios nos encontramos ante realidades que escapan a nuestra previsión y contrarían nuestros deseos, pero cabe sospechar que el intercambio de energías naturales y la interacción social son susceptibles de orientarse hacia mejoras sustanciales en la calidad de vida. La persona como conciencia individual, debe cancelar reiterativamente una prehistoria condicionante de su disponibilidad psico-afectiva. La urdimbre de la vida pulsional coloca constantemente valedares al libre y pleno disfrute de la vida como lo establecen las teorías psicoanalíticas. En la dimensión social, el yo personal tiene ante sí una red institucional de exigencias, roles adscritos, ideas haciendo operar instituciones, redes de intercambios económicos,

mercados del trabajo, asignaciones de consumo, que escapan ampliamente a su control y que al contrario lo controlan en la práctica mal de su grado.

La libertad, Kantianamente entendida, como la obediencia a normas autoimpuestas por una comunidad de seres racionales no implica desde luego indeterminación sino autodeterminación. Esto es equivalente a proponer una comunidad de seres respetuosos los unos a los otros y conscientes de no rebasar ni menoscabar el interés ajeno. Esa libertad así entendida quizás ha sido más bien una matriz ideológica, una aspiración y una manifestación de propósitos; instancia legítima de los aparatos de poder. No obstante si entendemos que justamente la tarea del pensar filosófico es rebasar los límites del universo social dado, e incursionar en el reino de lo posible, la realización en la dimensión histórica de un caso real más o menos cercano al tipo ideal, no tendrá ni una función de verificación, ni tampoco de falsación. Pero independientemente de esa función más o menos ideológica y ciertamente utópica del cuasi-programa político, podemos percatarnos que pensar la acción libre en el universo social es inseparable, desde un punto de vista filosófico, de las consideraciones sobre como ganar y como garantizar esos momentos de libertad en la dialéctica social. Sabemos con certeza que en esencia el conocimiento de las leyes naturales posibilita la acción tecnológica sobre la naturaleza; análogamente el conocimiento de las leyes cuasi-naturales que regulan el orden social y el comportamiento psicológico harán posible ensanchar el campo de la libertad en ese territorio ignoto, que somos nosotros mismos, nuestra propia naturaleza subconsciente metafenomenal.

En el manejo de los recursos naturales no cabe ninguna duda de que se da un vector ascendente de progreso mediante el desarrollo de las fuerzas productivas; esto es por una correcta interrelación de leyes e información más un saber-hacer metódico, reproducible, racionalizado. La destreza de una práctica teórica tenaz y de larga duración ha producido invenciones tecnológicas concebidas para multiplicar y potenciar el esfuerzo humano, encaminado a domeñar la naturaleza. Expresamente se persigue el invento de instrumentos y aparatos con este fin. Aquí no estamos ante, un acercamiento contemplativo a la naturaleza, como se da preliminarmente en algunos momentos de la indagación científica, sino ante una transformación de recursos y medios instrumentales de producción en hacedores o multiplicadores cuasi-automáticos

de satisfactores. No tenemos más que contemplar una simple calculadora de bolsillo para percatarnos del enorme esfuerzo intelectual para cuya economía estas máquinas han sido concebidas. Hay aquí un evidente triunfo de la libertad sobre la ruda necesidad de calcular, con su enorme consumo de energía y tiempo de vida. Mediante la aplicación de sostenidos esfuerzos de la inteligencia, es decir de la praxis teórica, el trabajador intelectual está en condiciones, como reza la célebre expresión de Marx, de contribuir al patrimonio universal de la humanidad. Economizando esfuerzo humano se alcanza la pregonada potenciación de la productividad. Aún cuando la civilización que ha hecho posible esos logros esté plagada de una lógica de la dominación que instrumentaliza despóticamente al hombre, no por ello esas realizaciones del espíritu podrían ser menoscabadas o privadas del valor intrínseco del que son portadoras como condensaciones del esfuerzo colectivo de sus inventores y hacedores. La esencia del espíritu tecnológico es por tanto humanista. Es a la vez una hazaña de espíritus libres y una praxis libertaria. Todos conocemos desde luego los grandes costos sociales que ha acarreado la implantación del capitalismo a escala mundial pero la acumulación del saber hacer y la información científica han conducido a logros presumiblemente irreversibles.

Consideremos ahora los procesos de conciencia, emocionales y su relación con la dimensión social e histórica. La precaución comprensible que asumimos al no tomar por perfectas las instituciones sociales, dada la gran cantidad de fracasos históricos de ambiciosos proyectos políticos, no debe extenderse hasta hacernos ignorar la presencia de algunos movimientos que intentaron institucionalizar y lo lograron precariamente, formas libertarias e intercambios en prestación de servicios y división del trabajo basados en la reciprocidad y el respeto a lo convenido y pactado con justicia.

Cabe destacar con Remo Bodei cierto paralelismo entre experiencias cumbre personales y grandes momentos de tensión y renovación históricas. La racionalidad transformadora opera aquí con la puesta en marcha de recursos psíquicos previamente mal canalizados. En el mundo social esa dialéctica de la libertad que retomó el análisis fenomenológico del segundo Sartre y de la cual Lucien Goldman ha intentado formular tan hermosas conjeturas connota esa acción de individuos en grupos, grandes personalidades que logran alcanzar una percepción lúcida de las virtualidades óptimas de realización del interés histórico de su grupo o sub-

cultura de clase, aprovechando la vía que ofrece una circunstancia coyuntural de las configuraciones de poder. Pueblos que aceptan un reto planteado por la naturaleza o por la historia, en la terminología de Toynbee, o clases sociales que comprenden la virtualidad, la latencia implícita en un complejo de sobredeterminantes coyunturales y logran realizar a cabalidad su proyecto histórico, o lo prefiguran y vislumbran en filosofías y obras de arte de pensadores que son sus intelectuales orgánicos.

Así formulada entonces la idea de la libertad coincide con la idea de seres racionales que coexisten en el reconocimiento Hegeliano de las conciencias, que han sabido construir los artefactos institucionales para superar su lucha antagónica evitando el ascenso hacia los extremos pero proscribiendo también el inercial y compulsivo mecanismo de la injusticia social.

IV. A manera de conclusión: la razón como culminación de transformaciones evolutivas y como telos histórico.

"El pensamiento independiente parte de una toma de posición en favor de los residuos de libertad de las tendencias hacia un humanismo real, si bien en su empeño parece impotente ante la gran dinámica histórica. Pero el desarrollo del pensamiento crítico pasa a través de un proceso dialéctico que conduce a la recuperación de la subjetividad" (2).

Más allá de las concepciones positivistas y analítico-lingüísticas de las prácticas racionales, dejando también de lado el convencionalismo, la inteligibilidad teleonómica de la naturaleza viva da fuerza al argumento de que la inteligencia humana es la búsqueda por otros medios de información y esquemas comportamentales dependiendo del estrato orgánico que es su matriz originaria. Por otra parte las figuras históricas que están en condición de suscitar la movilización de las conciencias que resulten tanto atendiendo a cuestiones relativas a las consecuencias como relativas a la consistencia interna, son aquellas que proponen y se fundamentan en soluciones racionales a los grandes problemas de la coexistencia de las formaciones sociales planetarias. Es por ello que doy por sentado que es la razón la que fundamenta el principio de esperanza en mundos mejores.

NOTAS

(1) K. Otto Apel. "El problema de la fundamentación última filosófica..." en *DIANOIA*, Anuario de Filosofía. UNAM. México, 1975.

(2) Beano. Carlo A. *Crisis de la razón*. México, Siglo XXI editores, 1981.